

Crónica de la covid latinoamericana



LUIS RAMÍREZ (@ANTIPEIODISMO)

Familiares de presos políticos en Chiapas exigen su liberación. Se encuentran en plantón frente al Palacio de Gobierno desde junio de 2020.

En nuestra era marcada por la enfermedad covid-19, diversas voces se entrelazan en los ecos de un dolor que venía desde antes, desde los márgenes. Violencia, pobreza, marginación y otras realidades cuya dureza se acrecienta con el confinamiento y la incertidumbre. ¿Cómo afrontarlo en nuestros confines personales? Silencio y remembranza como pequeños actos de resistencia.

Ángela Sofía García Estrada

Te has despertado ya, después de una larga noche en la que tus pensamientos no te dejaban tranquilo; miras el reloj, son las 7, hora de levantarse, de ir al trabajo que queda al otro lado de la pequeña ciudad que has decidido habitar. Escuchas las noticias, checas Facebook, tus

amigos te llaman y la tendencia es la misma: ha llegado un virus que impide a las personas salir de su casa; con el virus lejos de tu país, crees que no te afectará. Tres días después te notifican en el trabajo que ya no podrás asistir, ahora todo será en línea, darás clases en línea; crees que

no pasará mucho tiempo, un mes o dos tal vez.

Estás a punto de llegar al tercer mes sin salir, aunque a veces lo haces y vas al trabajo porque hay buen internet. Te lavas las manos las veces necesarias, tratas de quedarte en casa, pero cuestionas si será

que todos lo hagan; tu mente viaja y entonces empiezas a recordar que no todos se quedan en casa, estás en un país donde eso no es posible, ¿te preocupas por esa gente? ¡Claro que te preocupas! Has desarrollado una sensibilidad hacia ciertos temas. No eres indiferente, pero el trabajo consume. Te quedas viendo a la ventana mientras fumas un cigarrillo, pensando en esa gente.

24 de mayo, Diana se quedó en casa, en Nayarit, tenía 21, estudiaba derecho y tomaba clases en línea. Diana fue asesinada, la mató su primo con 39 puñaladas. Podía ser un psicópata, ¡qué bueno que lo detuvieron! 24 de mayo, Leonila se quedó en casa, en Nayarit, estaba con su bebé. Leonila era indígena, tenía 30. Fue asesinada, la mató su vecino con 24 puñaladas. ¡Qué bueno que lo detuvieron! Entonces entiendes el porqué de todas esas mujeres marchando el 8 de marzo, así recuerdas que ni el Ángel de la Independencia en la Ciudad de México, ni los vidrios rotos de las grandes tiendas, ni las calles pintadas con

consignas feministas regresarán a la vida a Leonila o a Diana, pero entiendes que de alguna manera así sale el dolor, así se pide justicia y así se organizan las compas para crear un mundo mejor. ¿Están en el centro o en el margen? Ahora en el margen, siempre ahí, pero ahora más, las noticias de la enfermedad covid-19 opacan los feminicidios; Leonila o Diana, ¿qué más da? La covid-19 está en Nayarit, han sumado 300 casos, ¡quédate en casa!

Lo mismo le hubiera querido decir Mirna a su hijo, Emma a su hijo: "¡Quédate en casa, no salgas porque te van a desaparecer!" Pero el hubiera no existe, solo



queda luchar, salir a las calles a buscar a sus hijos que fueron desaparecidos. Ahora con la pandemia todos les dicen: "No salgas, no busques, no grites, no llores, no pidas justicia, no hay tiempo, hay un virus en tu país".

Mientras tú estás en casa, tomando una taza de café, preparando la clase de mañana, algo ves en internet y te quedas inerte, mataron a Giovanni en Guadalajara, la gente sale, protesta, grita, rompe. ¿Qué pasa? Ya no están las guerrillas, ya no hay guerras civiles, ya no hay exiliados, ¿acaso no vivimos en una Latinoamérica más tranquila? La voz en tu cabeza rápidamente te contesta que no.

Sigues viendo las noticias en tu ordenador, comienzas un diálogo interior en el día 77 de tu confinamiento, te das cuenta de los desplazados en Chiapas. Están muriendo, pero no por el coronavirus; entonces no son noticia, ellos nunca son noticia, tampoco lo son quienes llevan en la frontera parados ya más de tres meses. ¿Quiénes? ¿Los migrantes? ¿Eran noticia? Son parte de una caravana migrante, han salido huyendo de sus países centroamericanos. Te acuerdas de que el hambre también es violencia, te acuerdas del sujeto que te pidió una moneda la semana pasada; no estaba en casa, él no se pudo quedar en casa, si tan solo tuviera una casa. Te lees la información sobre 40 recolectores de basura que, se considera, murieron por covid-19 en la Ciudad de México; a diario salen, a diario miles de personas los están viendo, pero no los ven, ¿será como menciona José Saramago? ¿Somos ciegos que viendo, no ven?

Los ubicas a todos, están ahí, en el arte, en tu póster pegado en la pared: "Ayotzinapa ¡Vivos se los llevaron! ¡Vivos los queremos!" Entiendes todo, entiendes que la policía está al servicio del Estado, que las protestas son manifestaciones contra el dolor y la desesperanza, que aquellas madres organizadas de pronto nos recuerdan que sí es posible unirse por solidaridad, sin esperar nada material a cambio, solo a sus

hijos; entiendes que en el lugar donde vienes hubo esclavismo, tortura. Y todavía la hay, los cafetales con niños centroamericanos trabajando lo comprueban. Tu mente se viaja más, estás en Brasil, ¿ahora qué pasa? Las protestas antirracistas se apoderan de las calles, los negros se hacen presentes, los afrodescendientes también exigen que Bolsonaro renuncie, aquí no hay coronavirus, aquí hay ganas de que ya no nos maten por ser afrodescendientes, como a Floyd.

Te encuentras otra noticia, en Ecuador la gente está sacando a las calles a sus muertos por covid-19 ante la negligencia del gobierno; ves unas fotos, personas envueltas en cobijas, y no entiendes cómo fue posible. Te vienen a la mente los sucesos ocurridos en Puerto Rico y en Chile antes de todo esto. Respiras porque recuerdas que no todo está perdido; salieron, gritaron, rompieron, cantaron, la comunidad LGBT en Puerto Rico, los estudiantes en Chile te recuerdan esa cancioncita que dice... No, ya no la recuerdas. ¿Era Víctor Jara? ¿Silvio Rodríguez? ¿Alí Primera? En fin, escuchas "Te recuerdo Amanda", el amor entre dos obreros, no muy distinto a los tiempos de Jara; ahí siguen los obreros, 432 "muertos por covid" en las maquilas de Baja California, y supones que Manuel no hubiera muerto por irse a la Sierra, hubiera muerto por covid-19 si viviera en 2020.

Regresas a México, te ubicas otra vez más cerca de tu contexto, escuchas la radio: "Presos en Chiapas se están infectando de covid-19". ¿Los presos? ¿Quién se acuerda de los presos? Tal vez en estos tiempos casi nadie, pero ahí está la colectiva de abogadas luchando por las mujeres reclusas que fueron gaseadas en medio de una pandemia. Ya no se permiten visitas, no quieren que los prisioneros sean contagiados por sus familias. Probablemente ahora se sientan más solos, más en el margen. Nadie nunca los piensa, pero entre ellos mismos se recuerdan, se organizan, se nombran: presos políticos, presos indígenas obligados a firmar papeles que

no están en su idioma, presos que hoy con la pandemia están aún más confinados, como si eso fuera posible. Y sueñas, sueñas con que un día ya no existan las cárceles, apagas la radio y te vas a acostar.

Sin dormir, llegas hasta Colombia, ¿qué pasa allá? Cien líderes sociales asesinados en lo que va de 2020, todos ellos luchando en el margen, siguen las guerras que tocan a tu puerta y también de alguna manera te matan... ¿La última vez que sucedió? ¡Ayer! Mataron a Alexander en Oaxaca, 16 años, lo asesinó la policía. Su madre enfurecida, llena de rabia, llora y reclama, nos evidencia que si eso le hicieron a su hijo, "a nosotros también nos lo pueden hacer", y te preguntas ¿mi madre diría lo mismo? Sabes que sí y entonces te quedas en silencio, todo se queda en silencio, porque así también recuerdas a quienes ya no están. Te levantas, escribes, te sientes un poco mejor al cavilar en lo que dice Arfuch respecto a que la narración también es resistencia, y lees tus palabras que han sido inspiradas por quienes están en los márgenes, pero con templanza lo piensas —te piensas—, si acaso no lo estás también tú. 

Ninguna de las historias aquí contadas es ficticia, por el contrario, esta crónica encuentra su inspiración en las noticias que se miran día a día durante el periodo de pandemia por covid-19 en América Latina, así como en las lecturas: Arfuch, L. (2017). *Sujetos en los márgenes*. En Alba, A. y Peters, M. (coord.), *Sujetos en proceso: diversidad, movilidad y políticas de subjetividad en el siglo XXI*. UNAM. / León, E. (2012). *Virtudes y sentimientos sociales para enfrentar el desconsuelo*. Sequitur, UNAM.

Ángela Sofía García Estrada es estudiante de la Maestría en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural de ECOSUR (angela.garcia@estudianteposgrado.ecosur.mx).